

ABENAMIC

DIEZ días después, en la calma de la tarde, un caballo remata su galope frente a los muros de Abenamic.

En ese antro de peñas, vive el monstruo detestado de los suyos, el tigre sediento de vísceras rojas, temido de todos y no amado de nadie.

Se baja el Cid de su caballo, atraviesa el patio entre odres y tinajas robadas a los Cuarenta Ladrones, y marcha resuelto, imperial. Brilla en sus ojos la justicia suprema.

Traspone el umbral del jeque. Al ver frente a él este hombre de rostro solemne y trágico, Abenamic se yergue y saca su espada.

—¿Quién eres?—pregunta.

—Soy la justicia—responde el Cid.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Justicia.

Su brazo formidable levanta la espada y la deja caer sobre la cabeza del monstruo. Abenamic se desploma sobre un guiso de sesos sangrientos y el Campeador vuelve a salir con el mismo paso resuelto e imperial.

V. HUIDOBRO

Ante el hombre úe acero, de ojos ardientes, sereno y ceñudo, nadie se atreve a chistar. Pasa el Cid.

La chusma del jeque se echa al suelo en reverencia besando la tierra.

Pasa el Cid, pasa el asombro. Resuenan los pasos del asesino justiciero y nadie se mueve, nadie se atreve a levantar la cabeza.

El peso del prodigio inclina los turbantes.

Cuando se oye un galope que se aleja y resuena en la tarde, la chusma se levanta restregándose los ojos.

—¿Quién es?—pregunta uno.

Y un viejo de blancas barbas, llenas de experiencia, de piojos y de enigmas, responde:

—Es el rayo del cielo.